



JUAN ANTONIO MALDONADO CASTILLO

LA CRUZ Y EL VENCEJO

Librooks





Librooks



El Concurso literario Primum Fictum ha sido organizado por Librooks con la colaboración de Associació Literària La Mordida.

Primera edición: mayo de 2015

© Juan Antonio Maldonado, 2015

© De esta edición:

LIBROOKS BARCELONA, S.L.L.

Tel. +34 93 184 09 60

info@librooks.es

www.librooks.es

Ilustración de la cubierta: Marcos Morán

ISBN: 978-84-943388-8-5

Depósito legal: DL B 13097-2015

Impresión y encuadernación: Artes Gráficas Huertas, S.L.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor.





A mis cinco hijas







ÍNDICE

Prólogo	7
<i>La cruz y el vencejo</i> , Aurelio Reilly Montevive	
Primera parte: El vencejo	11
Segunda parte: Las crisálidas	105
Tercera parte: La cruz	301
Epílogo.....	501







PRÓLOGO

El asfalto está muy caliente, le quema el rostro. Hace un amago de movimiento para despegarse de él, sin resultado. A esta distancia, el asfalto es como una manifestación interminable de cabecitas uniformes, de muchedumbre gris, compacta y humeante. De gentío expectante. Huele a petróleo y a bitumen. A diferencia del resto de su cuerpo, los ojos sí puede moverlos. De debajo de la sien sale una pancarta roja, viscosa, que va cubriendo lentamente la algarabía microscópica a la que le da color. Quisiera atraparla, ponerle un tope, reabsorberla, algo se le va con ella. Él que es siempre tan cuidadoso con todo, escrupuloso y aprensivo, hasta el punto de que un simple eritema lo deja postrado. ¡Qué osado es el destino!

Los automóviles se paran a unos metros. Los conductores bajan las ventanillas y miran con indiferencia, con la distancia del que se cree libre, hacen algún comentario. Algunos sonríen tibiamente, una cosa así no se ve todos los días. Los niños pegan las manos y los labios a las ventanillas impregnándolas de baba y churretes, dejando a la vista sus dentaduras melladas, reflexivos. «¡Eh, voy a tener que cobrar entradas!», desea decirle a todo ese público itinerante. Un guardia civil con teresiana y chaleco reflectante, ordena que continúen, «¡Vamos, vamos! ¡Circulen!». Sopla su silbato a intervalos y le da a aquello un aire de evento deportivo. A los curiosos les cuesta seguir la marcha, se resisten un poco. Desde ahí arriba debe de ser todo un espectáculo. Él seguro que lo describiría mejor que nadie. De hecho ya lo hizo.

En breve no quedará ni rastro de aquello. Un operario lanzará sus zapatos al arcén (¿los tendrá puestos?) y echará un puñado de serrín. En unos minutos no quedará ni el serrín. Aurelio sonríe. ¡Qué paradojas tiene la vida! En el kilómetro de la A-6 en el que había imaginado la escena, un cabrón se ha incorporado a la autovía sin mirar. ¿Habrán bebido? Eso poco importa. De hecho, ya estaba escrito. Si llega a pasar por ese lugar un minuto antes o un minuto después, ahora estaría llegando a su casa, de donde le gusta salir solo en contadas ocasiones. Aunque aquella salida era imprescindible: la presentación de un libro es un acto necesario, una pesada carga del que solo quiere narrar historias y que lo dejen en paz. Sin embargo ha sido todo un éxito. Han asistido sus amigos en pleno y muchas personas anónimas que querían conocer de primera mano su última novela. La verdad es que en la Academia de Ingenieros se han volcado con el acontecimiento. Deberá tener un detalle con el subteniente Muñoz y con el capitán Fornes, ellos lo han organizado todo. Si es que





tiene ocasión. Esa presentación ha gustado mucho, a decir de la mayoría, aunque procurará no morir de éxito. ¿Morir? Aurelio sonríe de nuevo, con sus labios que son como un globo medio desinflado, deshidratados por el calor de julio y el maldito asfalto. Aún puede sonreír. El escritor recoge las experiencias cotidianas, propias o ajenas, para generar el objeto creativo. Aquí ha recogido el objeto creativo para generar la experiencia cotidiana de su propio... ¿fin? Ha pagado un alto precio a la creatividad, fundiéndose con ella, acudiendo a la cita con el destino. ¿Habrán tirado ya sus zapatos al arcén? ¿Estarán echando ya serrín sobre su sangre? Hay una simetría mágica entre la situación que está viviendo y la que recoge su libro. El ser creativo no ha querido conformarse con las viejas historias del pasado, con algunos retazos de vivencias personales, familiares, íntimas. Le ha pedido más, mucho más. Un esfuerzo supremo. No podría sospechar hasta qué punto personaje y autor se identificarían.

«La cruz. El vencejo», murmura, articulando ligeramente su labio deshinchado, mientras pierde la última saliva. «¡Eh, está vivo! ¡Parece que quiere decir algo!», grita alguien que se mueve a su alrededor. «¿Está usted bien, señor?». ¡Qué pregunta más absurda!

Piensa si su carné de donante estará en la carterilla y trata de mover la mano. No lo consigue. Algunas personas, que son destellos fosforescentes, se acercan rápido hacia él, portando una camilla. Lo despegan del piso ardiente y siente un alivio momentáneo. Lo ponen boca arriba. Echa una bocanada de algo y los ojos se le cierran momentáneamente. Los sanitarios corren de manera caótica, saltan por encima de su cuerpo como si fuese un bulto, se gritan entre ellos, uno trae un maletín y artículos varios. Un tipo calvo y carrillos congestionados le abre la camisa rompiéndole los botones, y comienza a comprimirle el pecho: «Uno, dos, tres...». Experimenta un crujido en su interior. El aliento huye, no quiere volver, tiene ganas de toser y no puede. Siente hormigueo en las sienes, le falta el aire, tiene frío. «Uno, dos, tres...». Se deja hacer, no tiene otra alternativa.

Sin saber de qué manera, empieza a sentirse bien, como nunca lo estuvo. No hay dolor, no hay resistencia alguna para sus movimientos, puede levitar. La chica que está al lado del calvo debe de ser médico. Lleva un fonendoscopio colgado del cuello y da órdenes. Es una mujer muy atractiva, de unos treinta y pocos años. Tiene los ojos grandes, de color miel, parapetados bajo unas largas pestañas; cabello muy rubio, con un moño bajo recogido a lo *chignon*, gesto agraciado. Podría pasar por Maribel, uno de los personajes de su última novela... Mira al cielo y sonríe. El cielo es Dios repartiendo algodón de fresa...





LA CRUZ Y EL VENCEJO

Aurelio Reilly Montevive







Primera parte
EL VENCEJO







I

Las gallinas caminaban con andares versallescos, majestuosas, por el suelo de paja, con una paz solo rota por una patada displicente del intruso, que sobresaltó un instante la quietud e hizo protestar a aquellas, mientras dos plumas blancas quedaban suspendidas en el aire. Olía a corral y alpechín. Sin embargo, allí había un calor reconcentrado, en el que ambos encontraron refugio de una brisa otoñal desagradable, que cortaba la atmósfera plomiza y movía los álamos de la carretera. El hombre acarició con dos golpecitos el lomo tembloroso de una de las dos mulas tordas, como para pedir una tranquilidad ya existente, pues ambas apenas cesaron de engullir el heno del pesebre ante los advenedizos. Si acaso abrieron más sus grandes ojos laterales, allí puestos desde el principio de los tiempos para alertarse de los depredadores. Don Nicasio en cierto modo tenía cara de depredador aquella mañana desapacible de llovizna a medias y de necesidades inconfesables. Adelantado a la mujer, iba iluminando los huecos de la pequeña estancia con el farolillo de queroseno, buscando el rincón adecuado, con una luz pobre que agigantaba las figuras sobre la pared leprosa; figuras en penumbra en las que se distinguía su bigote húngaro y su sombrero; seguía con la cabeza cubierta, a pesar de estar ya en el interior, quizás producto de las prisas.

En el rincón había una manta parda sobre un otero de paja nueva. Sin duda, lo habían apilado allí hacía poco. El hombre se acercó casi a tientas y rozó a posta el asperón de la pared, para evitar un ataque posterior de desprendimientos inoportunos. El desmenuce llovió sobre las hebras de paja y alertó a la mujer. Ella caminaba indecisa, igual que si el suelo estuviese recién fregado, para no hacer ruido, suspendida de un moño bajo defectuoso, que quedó a la vista tras desprenderse de un pañuelo anudado a rodete.

«Aquí», dijo lacónico don Nicasio. Y sin más trámite se quitó la chaqueta y el colete. Luego se bajó urgente los pantalones de pana, dejando al descubierto el calzón largo interior, llamativamente abultado en la bragueta. La mujer no parecía tener tanta urgencia, a pesar de las prisas del hombre. Con mucho cuidado dejó sobre unas cajas un gran hatillo recogido con cuerdas de pita que portaba como un tesoro: la contraprestación, algo para llevar a casa. Él, como siempre, había pagado por adelantado. Inició con parsimonia el desabrochado del corpiño, atravesado por una hilera de botones forrados, dejando al descubierto un corsé de varillas que pretendía expulsar con cierto éxito sus pechos grandes y blandos. Él se tomó un anticipo metiendo su mano torpemente en





el escote y ella reculó, sonriendo sin ganas. «Quieto, un momento». Y continuó desatándose el mandil y bajándose la basquiña de ningún color conocido, si bien conservando en un último gesto de pudor las enaguas de satén y las medias amarradas con ligueros. Luego se tumbó suavemente sobre la manta parda sin decir palabra, mientras él le subió la saya y la montó con los pantalones y el calzón bajados, pero sin quitarse las botas apelmazadas de estiércol. La mujer parecía estar en otro lugar, auscultando el techo de cañaveras, apenas pestañeando, sin resistencia. Tenía unos ojos grandes, humedecidos por las tufaradas de humo del queroseno quemado; y por dolor. Mientras él se empleaba a fondo sin hacerle ningún caso a la mujer, una de las mulas los espiaba con cierto interés y las gallinas picoteaban semillas inexistentes. El hombre alivió rápido la necesidad, lo que ella supo por un casi imperceptible graznido surgido de su garganta.

Se incorporaron y, sin intercambiar ni media palabra, comenzaron a vestirse. Ahora ella parecía tener más urgencia por salir de allí. En tanto iba abotonándose el corpiño con desorden, se dirigió a él:

—Don Nicasio, llevo dos faltas.

—¿Cómo? —dijo sujetándose en la pared, como para no caerse.

—Llevo dos faltas, ya sabe —contestó la mujer, agachando ligeramente la cabeza.

—Eso tú verás, Casilda.

—Pensé que usted tendría algo que decir.

—¿Qué te puedo decir Casilda? Cosme verá.

—Cosme me matará.

—Eso será cosa de él, no cabe otra posibilidad —afirmó don Nicasio avanzando hacia la puerta, huyendo casi.

—Mi Cosme lleva cuatro meses en la zafra de jornalero, usted lo sabe don Nicasio. Y el Espíritu Santo no ha podido ser.

—No sé por qué he tenido que ser yo y no otro Casildita. Tú me dirás.

—No hay nadie más, don Nicasio. Nadie más.

II

La chimenea era grande, blasonada en su centro; le daba a la cámara un aspecto de hogar de la nobleza menor. En su interior, los palos apenas eran ya reconocibles entre las palpitaciones incandescentes. En ellos doña Pura buscaba duendes a ratos, para descansar su atención de los





bordados de vainica y de punto de cruz, que compartía con Engracia *la Matancera*, doña Remedios y la Niña Menchu. Marita, la niñera, entró en la estancia, en la que las proyecciones rojizas trepaban por los recios muros y agigantaban una Última Cena de Da Vinci abombada por la humedad, dos cabezas de jabalí, tres cornucopias, un retrato de doña Pura unos años más joven y un bonito repostero de nogal salpicado de tazas y hueveros. Contigua a la cámara, la cocina de leña con las paredes decoradas de cobres suspendidos y de instrumentos matanceros, anaqueles con tarros colmados de melazas, y dos alacenas repletas de gloria bendita. Las cuatro mujeres, enredadas en sus hilos y aros de bordado, pararon un instante para prestar su atención a la joven.

—Marita, ¿has traído las píldoras que encargué a don Nicolás?

Marita era muy joven, rolliza conforme a los cánones de la comarca, tan aficionada a aprovechar hasta el último suspiro de los gorrinos; y de su cara sonrosada y pecosa, se desprendían ráfagas de olor a cebolla.

—No, doña Pura, quedó el señorito en ir a la botica para recogerlas.

Doña Pura volvió un momento a rebuscar en el costurero en el departamento de las agujas, subdividido a su vez entre el espacio dedicado a las agujas de pasar, de frisar, de briscada y de acanutillar. Su búsqueda se vio interrumpida por una interpelación de doña Remedios, señora enjuta de aspecto austero y mujer del alcalde de Lóbrega, presencia necesaria en toda reunión social de la localidad que se preciase:

—¿Qué píldoras son esas doña Pura?

—Píldoras de la O. Un remedio que ha salido nuevo y que dicen que sirve para aliviar los síntomas de la dichosa gripe.

—Pues dicen que una infusión de flor de malva y manzanilla está dando algún resultado —opinó la Niña Menchu, mientras no perdía puntada, como el resto. La Niña Menchu no hacía honor a su nombre. De hecho, era la mayor del grupo y sufría en su cabeza una alopecia que le daba un aspecto feo y raro. Sin embargo, una voz melodiosa y pausada contrapesaba su aspecto desagradable.

—Nada, nada. Reposo y paños fríos para bajar la fiebre —repuso la mujer del alcalde.

—Fíjese, doña Pura. A la enfermedad le dicen la gripe española, como si nos la hubiésemos inventado nosotros, cuando al parecer procede de Norteamérica.

—Dos de los hijos de María la Blasica tienen los síntomas.

—¿Qué síntomas?





—La frente ardiendo, dolor en los ojos, en los oídos, en la espalda... Tres días, tres y, si se superan esos síntomas, puedes darle gracias a Dios nuestro Padre y a nuestra Santísima Madre la Virgen de la Salud.

—Marita, vaya y compruebe que los niños duermen.

—Ahora mismo, señora.

La casa de los Porcel de la Riva tenía ciertamente algo de porte aristocrático, ocupando el centro geométrico del pueblo, en el centro geométrico de la plaza central, llamada de la Constitución como tantas calles y plazas de España, en honor a la Constitución canovista de 1876, ejemplo de esa política geométrica que había pervivido hasta aquel convulso año 18. Año que tanto gustaba a don Nicasio, por ser un bonito número divisible por uno, por dos, por tres, por seis, por nueve y por sí mismo, según dijo en alguna ocasión a lo largo de aquel. Tenía algo de simbólico, remataba. Los cinco balcones volados de la casa de los Porcel de la Riva, que jamás hubiera consentido don Nicasio que fuesen cuatro, permitían ver en primera línea las procesiones y otros acontecimientos religiosos del pueblo, a los que nunca asistía don Nicasio, por considerarse hombre de ideas avanzadas y, por ello, necesariamente ateo. Solo había una excepción: las fogatas de la Virgen de la Candelaria, pues era su parecer que aquella fiesta hundía sus raíces en el paganismo más ancestral. Todo aquel cuento negatorio de lo divino que no fuera ancestral era la cruz de su esposa doña Pura, que no conseguía conducir por buen camino lo que su marido llamaba «racionalismo de trinchera», expresión muy apropiada conforme a la gran guerra que se estaba librando en la vieja Europa y a la que el suelo patrio era ajeno. Ni el propio párroco de Lóbrega, don Joaquín, pudiera convencer al terco de don Nicasio para que desistiese de su ateísmo, a pesar del sólido argumento del cura de que la negación de Dios no era precisamente racionalismo, pues el racionalismo buscaba la verdad conforme a la razón; y una negación de Dios porque sí, que no permitiera prueba en contrario —*iuris et de iure*, decía para ponerse docto—, sería todo lo contrario a aquella.

Y es que don Nicasio era, sin duda, un potentado muy especial. Los señoritos del pueblo y aspirantes a serlo acudían a cualquiera de las tres cafeterías del pueblo con una cucharilla de plata en el bolsillo superior de la chaqueta, bien visible, a fin de darle cumplido uso, evitando la de alpaca proporcionada en la cafetería para el común. Don Nicasio rompió la tendencia, utilizando las del establecimiento, sin más. Este y otros gestos que él llamaba «democráticos», incluido su ateísmo sin cuartel, hacía que sus iguales lo mirasen con recelo, y a veces lo condenaban al ostracismo.





Los cinco balcones volados en los que doña Pura viera las procesiones vestida de peineta y cubierta de bellos encajes negros, y sobre los que don Nicasio negase la existencia de Dios, estaban incrustados en una bella fachada decorada con pintura mural del siglo anterior: en su zócalo, imitando sillares; en los altos, cariátides sosteniendo los aleros y musas tocando liras entre filigranas; bellos ribetes de ventana en ventana. Una gran puerta en el centro, coronada por un arco de medio punto acristalado, equilibraba el conjunto, equidistante, como la misma distancia entre las clases sociales, de las puertas laterales del servicio.

Praxedillos retozaba alegre en la amplia alcoba. Trataba de darle sentido a un juego de construcciones, cuyas piezas terminaban siempre en la boca, entre mocarreras y babas. Experimentaba haciendo equilibrios sobre sus piecitos, agarrándose a cualquier elemento de aquel mundo inventado para su felicidad, aunque nadie le hubiere consultado sobre ella. Un mundo irreal en el que vivía un caballito balancín y un pinocho articulado y una reproducción a escala del último automóvil del padre y elegantes muñecas vestidas de puntilla y cajitas de música que desplegaban payasos y bailarinas y espléndidos murales alegóricos en las paredes. Aquellos olores, aquellos matices y colores cercanos de la niñez, aquel *Nocturno* de Chopin sacado de la cajita a golpe de cuerda, eran ajenos al tiempo. Un mundo inventado para la protección. Mientras Praxedillos experimentaba, su hermana Federica dormía plácidamente en la cuna, bajo el esbelto dosel de encaje. Marita cogió al niño que protestó un momento, llevándose consigo un triángulo verde enredado en sus dedos obesos, en tanto la niñera lo alzó estirando sus brazos y luego lo apretó contra sus pechos generosos. «¡Ay este niño guapo, que me lo voy a comer!». Práxedes tenía un año y un gracioso caracol atornillado en la frente. Naturalmente, le debía su nombre a don Práxedes Mateo Sagasta, el progresista decimonónico al que admiraba don Nicasio, presidente del gobierno de la nación cuando la hecatombe del 98, de cuya culpa don Nicasio siempre lo exoneraba.

El crío miró a la niñera y se rio sabe Dios por qué motivo, y al instante comenzó a llorar, a saber si por obra del diablo. Federica también tenía un año y era mucho más delgada que su hermano mellizo, como si este le hubiera sorbido parte de su esencia en el útero. A ellos se referían todos como *los Melguizos*, siendo señal de buen agüero su venida a este mundo a decir de muchos aldeanos. *Los Melguizos* habían sido dos hijos tardíos y, sin duda, muy deseados, llegados posiblemente a golpe de rosario, novenas, rogativas y letanías de doña Pura a la Virgen de la Purísima Concepción. El fervor religioso de doña Pura se vio acrecentado el día en que su





único hijo Jacinto pasó a mejor vida por mor de una inoportuna meningitis, cuando contaba tan solo con diez años. De esto hacía ya un lustro y, contra viento y marea, la mujer decidió llenar de nuevo de vida las estancias de aquella casona, para lo que se empleó a fondo con el rosario, con sus idas y venidas a la iglesia, y con su marido en los días fértiles. Práxedes y Federica fueron concebidos cuando la mujer pasó los cuarenta, por lo que aquello algunos lo creyeron un milagro, a lo que contribuyó el buen augurio del parto doble. A su vez, don Nicasio le sacaba a su esposa una decena de años, con lo que la broma fácil estaba servida entre su círculo más íntimo, cuando se le decía que experimentaría a la vez las sensaciones de un padre y de un abuelo. Pero don Nicasio aún tenía mucho que decir al respecto, dada su rijosa condición y su prodigiosa facultad de conservar el nivel de testosterona bien alto.

III

Tras la puerta giratoria, las mesas marmóreas viajaban hasta el infinito a través de los espejos amplios que ocupaban todos sus salones. La luz de las arañas se iba infiltrando en cada reflejo prolongado, en una simetría solo rota por ráfagas de camareros vestidos de chaquetilla blanca y servilleta sostenida.

De traje oscuro (según qué perspectiva, brillante por el uso), parapetado en su cuerpo (alargado, como el de los personajes del Greco), don Sócrates especulaba para sí sobre el color que tenían los espejos, mientras trazaba bocetos de letras en un cuadernillo reinventado cada tarde. Tenía como reto la construcción de unos versos antes de la caída del sol y el consiguiente encendido de las lámparas; por lo que, a aquellas horas, debiera tener reflejados los versos del día, como la leche fresca que se servía en aquel lugar, mezclada con un café que conquistaba con sus aromas cada esquina. Naturalmente, don Sócrates tenía más margen de maniobra en los días estivales en los que el sol se ponía más tarde. Algo necesario y comprensible, pues no era tan grande y eficaz la tristeza durante el verano, argamasa necesaria para todo poema que se preciase.

Desde aedos y rapsodas, hasta bardos y poetas de todo pelaje y condición —de los que don Sócrates era quizás su máximo exponente, al menos por la impostura de sus gestos grandilocuentes—, se daban cita cada tarde, arracimados en torno a las mesas blancas, junto a tratantes de ganado, terratenientes con ideas modernas, industriales remolacheros,





profesionales de la ley, médicos, estudiantes sin un chavo, señoras vestidas en *la ville de Paris* y amantes furtivos, en aquel lugar que era el pulso vivo de la ciudad y donde a la vez la ciudad seesteaba. El Café Suizo.

—Don Nicasio, ¿cuándo me permitirá usted que le dé una vuelta a su nuevo Hispano-Suiza de seis cilindros?

Don Leandro Manzaneque era un hombre de mediana edad, sin un rasgo físico que lo caracterizase, más allá del aspecto de los hombres de su tiempo: delgado (pues la delgadez en los señores era signo de distinción), bigotín mosquetero, pelo oscuro brillante y fijado, camisa blanca de cuello duro, y chaleco, del que pendía un reloj de bolsillo consultado a cada instante. Don Leandro había enviudado joven y vivía de las rentas dejadas por su rica mujer, aunque una licenciatura en derecho obtenida a base de años y enchufes era su pretexto curricular. En él vivían dos seres incompatibles: el hombre de ideas avanzadas y el rentista vago.

—Ahí queda a su entera disposición don Leandro, que porque le dé usted unos trotes más, aguantará seguro —contestó don Nicasio, llevándose una tacita de café a los labios, bajo su poblado mostacho húngaro, antónimo del de don Leandro—. No vean ustedes cómo ha quedado la carretera de Lóbrega con las últimas lluvias. Tal es el barrizal, que no se distingue el chasis del pobre automóvil. Estos políticos de la Diputación Provincial no tienen misericordia. —Terminó negando para sí y dirigiéndose a los presentes: el propio Manzaneque, don Matías Cabello, el fotógrafo Ayala, don Publio Rocaforte y el notario Garcés.

—Ni misericordia, ni ojos más que para su propio interés, don Nicasio, que si hubieran ganado los que debieran haber ganado, esa carretera tendría otro color —replicó don Leandro.

—Aquí no es posible que gane la verdad. Esta ciudad es muy agradecida con Su Majestad, que viene a arreglar los graves asuntos de la cosa pública matando pichones. Y entre pichonada y pichonada, descansando sus reales posaderas en el hotel de su amigo el duque de San Pedro. Así que mis queridos correligionarios nunca tendrán una oportunidad en la provincia. Y yo continuaré llenando de barro la impecable carrocería de mi Hispano-Suiza —explicó sin pestañear don Nicasio, a la vez que hacía un gesto parecido a un brindis con la tacita de café.

—No pierda usted la esperanza de que lo inviten a una de esas pichonadas, don Nicasio. Que es bien conocida su afición a la cacería —observó don Publio Rocaforte, hombre de aspecto afable y médico de cabecera de todos ellos.

—Mi querido doctor, lo mío son las perdices rojas, no los pichones. Perdices y rojas.





—Enterado, don Nicasio, de esa querencia suya por lo colorado. ¡Vaya, hombre! Ni don Sócrates podría rimarlo mejor. A ver cuándo nos invita a una de sus cacerías. La última fue espléndida sin duda.

—Eso está hecho doctor.

—Mire el resultado de las últimas elecciones generales, don Nicasio, no se quejará.

Don Matías Cabello, militar retirado del arma de Caballería al que sus amigos de la tertulia llamaban *don Caballo*, era manco del brazo izquierdo por una herida en la guerra de África, lo que explicaba su retiro y el que la extremidad de la chaqueta le colgara vacía y oscura. Era retraído y le costaba hablar, pero cuando faltaba una pieza en la conversación, él la ponía, por pequeña que aquella fuese.

—No crea usted. Esos diez escaños de la Federación Republicana tienen su valor. Pero queda mucho camino por andar.

—Esperemos que las patas de sus correligionarios sean cortas, don Nicasio. Es lo que nos faltaba —replicó el manco—. Lo que sí parece seguro es que al gobierno de García Prieto le queda un suspiro.

—¡Pero si fue nombrado por el Rey hace unos días! —exclamó el médico.

—¿Se escandaliza usted, don Publio? Los hay que duraron menos aún. Además, el conde de Romanones está pidiendo la vez, que don Antonio Maura lo fue hasta hace unos días. Y si no, al tiempo.

Entró en el debate el fotógrafo Ayala, que tenía su estudio en la plaza Mariana Pineda y acudía puntualmente cada tarde, si el trabajo, su militancia socialista o alguna de sus citas amorosas no se lo impedían.

—Además, las cosas buenas si breves, dos veces buenas, dice el aforismo —puntualizó el fotógrafo Ayala.

Don Publio Rocaforte, tras mirar un instante a la nada como buscando algún insecto volador y apretarse su abultada barriga para reconducir un retortijón, dijo:

—Esta inestabilidad no se puede soportar ni un día más. Un señor pronunciamiento. Eso. Un pronunciamiento militar, un Pavía que haga saltar de nuevo a esos petimetres por encima de los escaños de la Carrera de San Jerónimo. O un Martínez Campos que restaure la monarquía y la lleve al lugar que le corresponde.

—Desde que Alemania firmó el armisticio la semana pasada, está usted intratable, don Publio —dijo el fotógrafo—. Lo que nos faltaba, que los militarotes pidan la vez. Llegado el caso, el pueblo soberano lo impedirá. Estamos en el siglo veinte, no lo olvide, doctor. Las cosas, después de todo lo que está ocurriendo en Rusia, ya no serán igual.





Vestido con su chaquetilla de blanco impoluto, se acercó Arcángel, el camarero más señero del Café Suizo. Portaba una bandeja pegada a su mano derecha, que iba dejando brochazos plateados a través del salón.

—Don Matías, aquí tiene su jerez y su ensaladilla.

—Gracias, Arcángel —contestó el exmilitar, a la vez que se preparaba para degustar la mejor ensaladilla de patatas y gambas de toda la ciudad. Se removió en el sillón corrido de cuero rojo, tocándose la manga vacía de su izquierda, para comprobar que, una vez más, en ese menester no le serviría para nada.

—¡Don Sócrates, únase usted! —le pidió don Leandro al poeta, que andaba enredado saludando a unos y a otros, disparando versos aquí y allá.

—Mis queridos amigos, ¿cómo transcurre la tarde? —Se acercó con su gesto permanentemente histriónico.

—Dándole un repaso a la política y a sus inquilinos —contestó don Leandro Manzanque—. Y, como siempre, llegando a la conclusión de que entre aristócratas anda la cosa pública, don Sócrates.

—¿Aristócratas? ¡Ajá! ¿Así que entre Calpurnios y Fulvios anda la cosa?

—¡No, hombre, no! ¡Que no parece usted de estos tiempos!

—Veremos a ver los tiempos de usted a dónde nos conducen, don Leandro.

